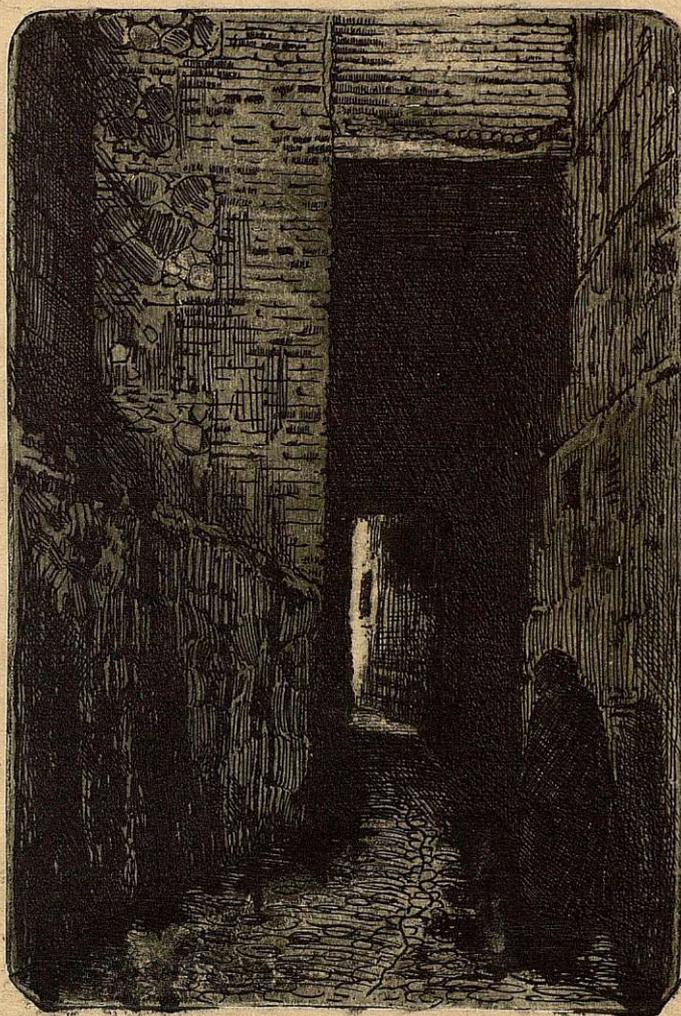




AYER Y HOY



3

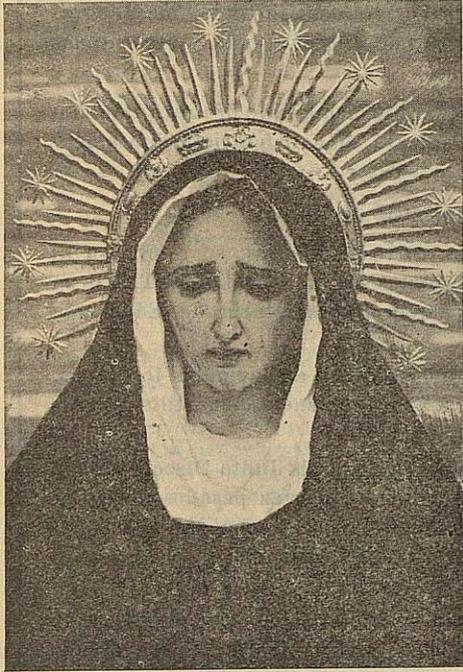
Enero - 1949



LO QUE FIRMAN NUESTROS ASOCIADOS

LA CRÍTICA, EL CRÍTICO Y EL CRITICADO

POR JOSÉ RELANZÓN



Magnífica Dolorosa en madera, que para la Iglesia parroquial de Nambroca, ha tallado el imaginero toledano Tomás Gimena.

Acontecimientos de AYER

Enero del año 1587

Se inaugura solemnemente en Toledo la navegación por el Tajo hasta Lisboa.

En este mes surcaron las aguas del Tajo, partiendo de Toledo con rumbo a Lisboa, cincuenta galeotes al mando del capitán Cristóbal de Rada.

El éxito coronó esta gigantesca empresa, cuyo proyecto y ejecución realizó el arquitecto Juan Bautista Antonelli, bajo el patrocinio del Rey Felipe II.

La navegación entre nuestra ciudad y la capital lusitana alcanzó extraordinaria importancia, desarrollándose activo comercio.

Al morir Felipe II, la indiferencia y la incompreensión dieron al traste con tan magna obra, y los molineros, haciendo causa común con los ribereños, que se creían lesionados en sus intereses, destruyeron los pasos.

RAMÍREZ DE DIEZMA

Vieja y desigual batalla es la del proyectil y la coraza, ya que, desde que se ideó la primer arma, ha sido constante preocupación del hombre interponer entre ella y su cuerpo una sólida protección; pero como el ingenio de los dos bandos beligerantes es diferente y secreto, resulta que en una batalla vence el proyectil y en otra la coraza. Acentúa más la desigualdad de los resultados, la diferente forma de actuar de los dos elementos: el proyectil, todo actividad y movimiento; la coraza, calma, quietud y sangre fría. Los resultados, a veces, son sorprendentes.

Algo similar a lo expuesto sucede con la crítica, que no es ni más ni menos que la batalla entre el crítico y el criticado. Antes de seguir más adelante, no estará de más dejar sentada la definición de crítica artística; llámase así «el juicio razonado y fundamentado que merecen las cualidades y defectos de una obra de arte, formulado siempre *a posteriori*». La crítica es tan antigua como el mundo; las primeras críticas artísticas que se conocen pertenecen a Apolodoro y Eratóstenes, de la Grecia Antigua; pero no cabe duda que, aunque no tuviera este nombre, ya debió de existir en la época de las cavernas. Las maravillosas pinturas rupestres de Altamira, tal vez se llevaron «lo suyo» de algún crítico troglodita de la época.

La labor del crítico, no es ni fácil ni agradable: para hacer crítica, hay que desprenderse de todo prejuicio personal, aparte de tener una sólida preparación en la materia, y siempre ha de tenerse en cuenta las cualidades de la obra que se critica y no olvidar que el que ejecutó una obra de arte, no la hizo de acuerdo con el gusto y opinión del crítico, sino con ese anarquismo que da la inspiración artística y con la firme creencia de que su obra es impecable.

El crítico, tiene además una primordial finalidad: orientar y aconsejar, y cuando se trata de noveles, alentarles en sus inquietudes, y, si en algunos casos es preciso, reemplazar su frío juicio por un benévolo silencio, siempre menos demoleedor que su opinión,

por valiosa y veraz que sea. Pero aún me queda por exponer otra cualidad que debe poseer todo crítico, cualidad que, por desgracia, no abunda mucho: ha de ser sincero, y en la vida la verdad no siempre es agradable. Como ves, querido lector, el ser «coraza» no es fácil ni simpático.

El criticado, se asemeja enormemente al proyectil de la vieja polémica: es activo, inquieto y muchas veces demasiado atrevido. Cuando ejecuta una obra y da su último toque, la somete en primer lugar a la crítica de la familia, y, naturalmente, este juicio siempre es favorable. Puedo decir, por lo que a mí se refiere, que siempre que hago «algo» y se lo enseño a mi mujer, le parece que no hay nadie en el mundo que pueda hacer nada mejor. Después viene la crítica de los amigos; ésta ya no es tan fácilmente sobornable y por lo general poco sincera, y a pesar de que algún buen amigo nos hace una acertada observación, nosotros no la oímos y agarramos nuestra obra, y con una tranquilidad y seguridad, dignas de mejor suerte respecto a las calidades, la colgamos en una exposición; las opiniones que allí se oyen, no pueden ser más dispares. ¡Las cosas que dicen de aquel cuadro que colgamos con toda nuestra ilusión! Citaré, como ejemplo reciente de esta disparidad de criterios de público y de crítica, el «Cristo» de Benito Prieto, en la Nacional. ¿Es bueno? ¿Es malo? Pues, después de tanto hablar de él, aún no lo sabemos.

El exponer siempre es agradable; pero el mismo significado de la palabra indica que también tiene sus peligros: hasta las más famosas firmas, no han podido librarse del azote de la crítica, aunque ello no haya sido obstáculo para llegar a la cima del Arte. El artista ejecuta su obra, no como es en la realidad, sino «como él la vió»; y no nos puede exigir que todos la veamos como él quiera. Pero si la obra está lograda, si tiene calidad y factura, en una palabra, si es una obra de arte, entonces nos subyuga de tal forma, que llegamos a verla como él quiso, como él la creó; y a este logro debe dedicar todos sus anhelos y actividades, y cuando a él se llega, se termina la batalla entre el inquieto proyectil y la pesada coraza, dándose un abrazo de paz, que es lo que todos debemos desear.

Por nuestra Semana Santa

A mediados de Abril, toda España celebrará, movida por la Fe heredada de nuestros padres, la Semana Mayor que la liturgia católica dedica a conmemorar la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Desfilarán los pasos procesionales en los que la efigie muerta del Redentor nos hablará de perdón, de sacrificio y de renunciaciones.

Sevilla deslumbrará al visitante con la policromía de sus sedas, el oro de los bordados, las pulidas armaduras de los guerreros romanos, el centelleante reflejo de armas bruñidas, relampagueos sentimentales de saetas con olores a clavel, a un tiempo canto de guerra y oración alada de Fe; y así Málaga, Cádiz...; en una palabra, toda la sugestiva Andalucía.

La Semana Santa de Toledo no es así, no quisieron y no queremos que sea. Por otra parte, la topografía de nuestra capital no se presta para ese tipo de desfiles procesionales.

Pero eso sí; aquí, entre las callejas de empedrados arábigos, bajo cobertizos de misteriosos y singulares encantos, las procesiones caminan lentas en la noche llena de dolor y silencio, en un marco el más parecido a aquella ciudad de la que dijo el Señor: «Ista est Ierusalén; in medio gentium posuit eam, et in circuitu ejus terras». Toledo, tan bien colocada en el centro de España, posee una topografía muy parecida a la de la Ciudad Santa, pues incluso por el Norte, como ella, tiene su más fácil acceso, y el trazado, marcadamente oriental de sus calles, aumenta más aún su analogía.

Sobre este escenario, desfilan los cortejos procesionales, algunos en las primeras horas de la madrugada, cuando la luna envuelve en melancólico claror, que tan a compás rima con los dolientes cantos, con los rezos de contrición, con todo el conjunto penitencial, dominado por la efigie muerta del Dios-Hombre que, contemplado sumergido en el místico ambiente toledano, hace que los corazones reconozcan sus muchas culpas y que una lágrima diga en nuestros ojos que queremos ser más buenos.

Puede decirse que Toledo, más que ninguna otra ciudad, crea una conciencia religiosa de trascendencia capital para la salvación de nuestras almas, al contemplar su Semana Santa, única e inolvidable.

Pues bien, de todas las Semanas Mayores de España, ésta nuestra es la única que carece de una propaganda adecuada; no me refiero a una propaganda que tienda exclusivamente a atraer al forastero con fines de lucro económico, no; me refiero a una propaganda que forzosamente ha de constituir, sobre todo, una hermosa labor de apostolado cristiano, a la que estamos obligados todos, y, sobre todo, las prestigiosas autoridades que rigen los destinos de nuestra capital.

Nosotros, los artistas de Toledo, queremos colaborar en tan cristiana obra. Nos duele que otras capitales

II Concurso de Obras de Teatro para noveles

La Dirección de la Escuela de Arte Escénico de la Sociedad de Artistas Toledanos (ESTILO), convoca a todos los autores noveles, pertenecientes a la Sociedad, a su II Concurso de Obras de Teatro, con arreglo a las siguientes

B A S E S :

a) Podrán tomar parte en dicho Concurso todos los asociados a ESTILO, debiendo ser los trabajos originales, inéditos, mecanografiados a dos espacios y en cuartillas por una sola cara y presentados por duplicado.

b) Cada trabajo presentado llevará un lema, que figurará también en un sobre cerrado, en el que se indicará, en nota o tarjeta, juntamente con el lema, nombre y dirección del autor.

c) El plazo de entrega finalizará el 15 de Marzo de 1949.

d) Los trabajos, con sus plicas correspondientes, se remitirán al Director de la Escuela de Arte Escénico de la Sociedad ESTILO, en Núñez de Arce, 11, 2.º, Oficinas de la Subsecretaría de Educación Popular.

e) Las obras serán en prosa e inspiradas en leyendas toledanas, y cuya extensión no será superior a ciento cincuenta cuartillas, en las condiciones fijadas en la norma a).

f) Un Jurado calificador será nombrado por la Junta Directiva de la Sociedad, cuyos nombres se harán públicos una vez pasados cinco días de emitir su voto o fallo, estando facultado para conceder menciones honoríficas, así como a declarar desierto el Concurso por falta de calidad artística y literaria de los trabajos presentados.

g) Se concede un único premio en metálico de 250 pesetas a la mejor obra presentada, no estando el Jurado facultado para dividir la cuantía del mismo.

h) Las obras presentadas y no premiadas serán devueltas a sus autores, si así lo desean, quedando en poder de la Escuela de Arte Escénico la premiada y autorizada ésta a editar y representar dicha obra.

i) La obra habrá de tener, necesariamente, las condiciones de ser fácilmente representable por compañías o grupos aficionados.

j) La obra premiada será representada en público por los alumnos de la Escuela de Arte Escénico en sesión patrocinada por la Sociedad ESTILO y dedicada a «Noveles».

El Director de la E. de A. Escénico, *TOMAS MARTIN RUIZ*

Toledo, Enero de 1949.

peguen los carteles de su Semana Santa en los muros de nuestras calles y que nosotros, con más razón que ellos, permanezcamos en el anónimo ignorados de todos.

Ciertamente que no necesitamos que nadie venga a pulsar nuestra fe y oír nuestros rezos, pero ellos es posible que necesiten lo que nosotros podemos ofrecerles: pura emoción religiosa, que esto es nuestra Semana Santa.

A quien competa le brindamos la idea; organícese un concurso de carteles en el que se premie aquel trabajo que responda adecuadamente a los fines cristianos que se desprenden de estas conmemoraciones en el ambiente único de nuestra singular Toledo.

Con ello habremos cumplido un deber de toledanía y de hijos de Aquél que murió por amarnos.

J. ANGEL G.

Fallo del 1.º Concurso de Obras de Teatro para Noveles

El Jurado nombrado por la Junta Directiva de la Sociedad «ESTILO», ha acordado premiar la obra titulada «LA HERMANA CAMPANERA», presentada con el lema «PRE-SAGIOS» en el 1.º Concurso de Obras de Teatro para Noveles, organizado con motivo del III Centenario de la muerte de Rojas Zorrilla, y cuyo autor es D. Pablo Gamarra.

Consejos de Leonardo de Vinci

A los pintores les digo que no debe ninguno imitar la manera de los otros, pues se convertirían entonces, en lo que respecta al arte, en sobrinos y no en hijos de la Naturaleza.

Las cosas naturales se ofrecen a nosotros con tal abundancia, que debemos recurrir a ellas y no a los maestros, pues éstos deben a aquéllas todo lo que saben. No hablo para los que pintan por lucro, sino para los que quieren hallar en las obras de arte honores y renombre.

El pintor debe ser solitario, considerar lo que ve, hablar consigo mismo, escogiendo los aspectos mejores de cada cosa, a semejanza del espejo donde se reflejan tantos colores como en las cosas hay y se apodera de ellos en seguida. De este modo será el arte una segunda Naturaleza.

Aunque la prosperidad del cuerpo no perjudica a la del espíritu, el pintor o dibujante debe ser un solitario, sobre todo en los períodos de especulaciones y pesquisas, cuando está enriqueciendo su memoria y acumulando reservas.

Si estás solo, te pertenecerás siempre a ti mismo; si tienes un compañero, no te pertenecerás sino a medias, y aun menos, según la indiscreción de su trato. Si sois varios, el inconveniente aumenta. Podrás tú decir que te comportarás a tu antojo, quedándote apartado de los demás para buscar mejor las formas de las cosas naturales; yo te digo que no lo conseguirás, pues no podrás cerrar los oídos a su charlatanería y no se puede servir nunca a dos maestros; serás un mal camarada y un detestable especulador de arte.

Me replicarás de nuevo diciéndome que te apartarás de ellos y no te perjudicarás, pero con eso conseguirás solamente que te tomen por loco. Y entonces, te lo advierto, estarás demasiado solo.

En cuanto a dibujar, ya es otra cosa; vale más hacerlo en compañía, por múltiples razones: primero, porque te dará vergüenza verte incluido entre los dibujantes torpes, y semejante rubor estimula el buen trabajo, y, luego, porque la emulación te hará desear hallarte entre los que son alabados, cosa que espolea. Tomarás de ellos el ejemplo para trabajar mejor, aprenderás de los otros a evitar las faltas y la alabanza al ajeno acrecentará tu fuerza.

El pintor que traduce, guiándose de la práctica y de la simple vista, pero sin discernimiento, no pasa de ser un espejo que imita las cosas más diversas, sin que entienda la esencia de ninguna.

¡Lamentable maestro serás si tu obra se encuentra más elevada que tu juicio! El juicio ha de sobrepasar a la obra para que ésta llegue a la perfección.

Quien no duda, poco logra. Mala señal cuando la realización va más allá que la concepción del artista. Cuando, por el contrario, la concepción es superior al resultado, la obra puede mejorar infinitamente, a menos que lo impida la pereza.

Cuando la obra y el juicio del artista están a la misma altura, mala señal para el juicio; peor si la obra queda por encima del juicio. Así ocurre a todos los que se quedan asombrados del éxito obtenido. Cuando el juicio queda por encima de la obra, la perfección anda cerca.

TOLEDO EN EL ARTE

NOTAS GENERALES.—III

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Terminando con este artículo la parte preliminar de un estudio de los estilos artísticos de Toledo, quiero demostrar en él las causas que motivaron la comprensión solamente parcial del arte en esta urbe, debidas a razones propias de las obras artísticas en sí.

El arte en nuestra ciudad, más que un producto de ella, es el resultado de la historia artística de España.

Concebimos a España como un campo donde han luchado las civilizaciones mediterráneas, y concretamente en la Edad Media, la Gótica Cristiana y la Árabe, luchas las que a veces han resultado magníficas penetraciones.

Pues bien, Toledo, en esta contienda, más que punto capital es el borde de ambas, y el lugar de máxima fricción de este continuo batir de aluviones de arte y contienda de razas. Si Toledo hubiese tenido solamente este papel, su arte todo hubiera sido como lo que le queda de visigodo o de árabe.

Pero, sin embargo, existe una leyenda con causa que le hace centro de mecenazgo y capitalidad artística de la España cristiana de la Edad Media: me refiero a la actuación de sus grandes Cardenales, que traen para Toledo lo mejor del mundo cristiano.

Por la primera razón, el producto del arte en Toledo es el mudéjar, que como estudiaremos en su día, es un arte fragmentario anónimo y que no llega a cristalizar en grandes obras autónomas; por la segunda, se convierte en museo de arte, un museo rico, pero vario y difícil para formar ambiente local. No se trata de Burgos, cuyo arte se concentra en la Catedral; ni de Granada, que lo caracterizó la Alhambra, como a Córdoba la Mezquita.

El mudéjar, que inunda y da nota a todo lo de Toledo y a gran parte de lo español, es difícil, poco definido y poco amable al observador rápido, y si bien es muy alabar, es poco entendido al contemplador medio, y además, con tendencia a desaparecer pronto si no lo detuviera un simpático afán erudito.

Para probar la falta de unidad intrínseca de las obras del mecenazgo religioso, recordemos los tres ejemplares cumbres del arte cristiano en Toledo. A mi juicio, son éstas: La Catedral, la Custodia de Arfe y el Entierro del Señor de Orgaz.

El templo catedralicio ofusca por la variedad de obra almacenada, y el toledano medio tira a ponderar el tesoro, que tampoco valora estéticamente; lo complejo de lo gótico escapa, y la propia falta de visualidad exterior no da calidad externa al conjunto urbano; es menos muestra muda que el acueducto de Segovia, por ejemplo. Tampoco prolifera la estructura de la Primada, sino tardamente

y a distancia. Respecto a su estilo francés, ni es toledano ni hace obra toledana más que en sus notas mudéjares.

La Custodia, obra de un maestro de Colonia (de Arfe), nadie pensará que es de aquí ni que aquí forme escuela. Es, por otra parte, difícil de comprender por su minucia de detalles, y al estar guardada, motiva que el habitante corriente la vea una vez al año, y en general, lo que de ella se sabe no cuenta en arte, oro, tornillos, etc.

La tercer obra elegida en esta argumentación, es el Entierro, del que nadie habrá de pensar que haya influido grandemente en la pintura toledana hasta el punto de formar escuela su ambiente. Su propio olvido secular y revalorización por extraños, ratifican mi modo de pensar. No obstante, esta incompreensión de Toledo hacia el Greco, que por su rareza en todo lugar hubiera tenido, se le toleró, y acaso por eso pudo vivir casi en paz.

La cantidad, la densidad, la variedad y lo poco nativo de sus obras capitales, motiva de una parte un sobrepeso, una saturación agotadora de toda capacidad estética, y su falta de unidad cortan la formación de un estilo toledano claro, en el que el ambiente urbano se hubiera encauzado.

En qué se produjo—Agotadas las condiciones históricas, el arte en Toledo se acaba en el edificio del Instituto, que hace de estela funeraria de su pasado vivir. Legado de otras épocas y de civilizaciones pasadas, la urbe puede no sentir lo que otros hicieron. Admito, pues, el derecho a no emocionarse por él, y creo que el que no lo siente, diciéndolo es más auténtico que el que finge arrebatos que no salen de dentro.

Es que en los nidos de antaño no hay pájaros que revolotean. Solamente un afán erudito puede reconocer huellas de vivir en mutiladas piedras y en paredes cascadas por el tiempo, auténtico juez del pasado. Pero en épocas como éstas, en que se reconoce al ayer como la razón de ser hoy y de vivir mañana, y tanto más en Toledo, la población más artística de España, el país, juntamente con Italia, más artístico del mundo, es marcada incongruencia el despreciar el pasado del que no sólo espiritualmente, sino económicamente, se vive.

Esto es sensato; la congruencia entre el pensar y el obrar y el toledano medio, si no se prodiga en morir de entusiasmo por las cosas, al menos hay que reconocerle un carácter sensato, cualidad no despreciable en un momento histórico mundial histórico y atormentado.

No es mucho lo que se pide, y el que lo hace, puede decirlo, ya que ha hecho vivir lo que ha podido estos valores inapreciables del espíritu español, y los ha hecho vivir seguramente, más que aprovecharse, para medrar de ellos.

DESDE EL MUNDO DESENGAÑADO DEL INFANTE DON JUAN MANUEL

POR CLEMENTE PALENCIA (Cronista Oficial de Toledo).

LA fecha dudosa de la muerte del Infante D. Juan Manuel—finales del año 1348 o comienzos del 1349—da singular actualidad a este noble príncipe toledano, que nació, según declara al final de su Conde Lucanor, «en Escalona, martes cinco de mayo, era de mil e doscientos veinte años». (Año 1282, de la Era de Nuestro Señor Jesucristo).

Es el guerrero que sigue cultivando las letras desde las gradas del Trono, como su tío carnal Alfonso X el Sabio, que también había nacido en Toledo.

D. Juan Manuel turbó la paz de la lírica y puso el verso al servicio de la didáctica; como se «desnaturó de su rey» para rendir vasallaje a los reyes de Granada y de Aragón.

No fué perfidia, ni rencor. En sus actos políticos, como detrás de la tajante moralidad de sus cuentos, se nota el desencanto interior del hombre que se ve tan abandonado como su tío, el poeta de las cantigas.

En soledad familiar y sentimental, pues D. Juan Manuel quedó huérfano siendo muy niño. Su madre, la dulce italiana Beatriz de Saboya, conservó su infancia en el aislamiento del castillo de Escalona, bañado por el Alberche. En su vejez quiso también refugiarse en otro castillo de bravo perfil, ceñido por el Duratón; en Peñafiel.

Entre Escalona, la villa de su infancia, y Peñafiel, la de sus conversaciones melancólicas con los dominicos de San Pablo, hay muchas leguas que llenaron las correrías, ambiciones y proezas de su valor, y hay

casi setenta años de experiencia y dolorosa filosofía.

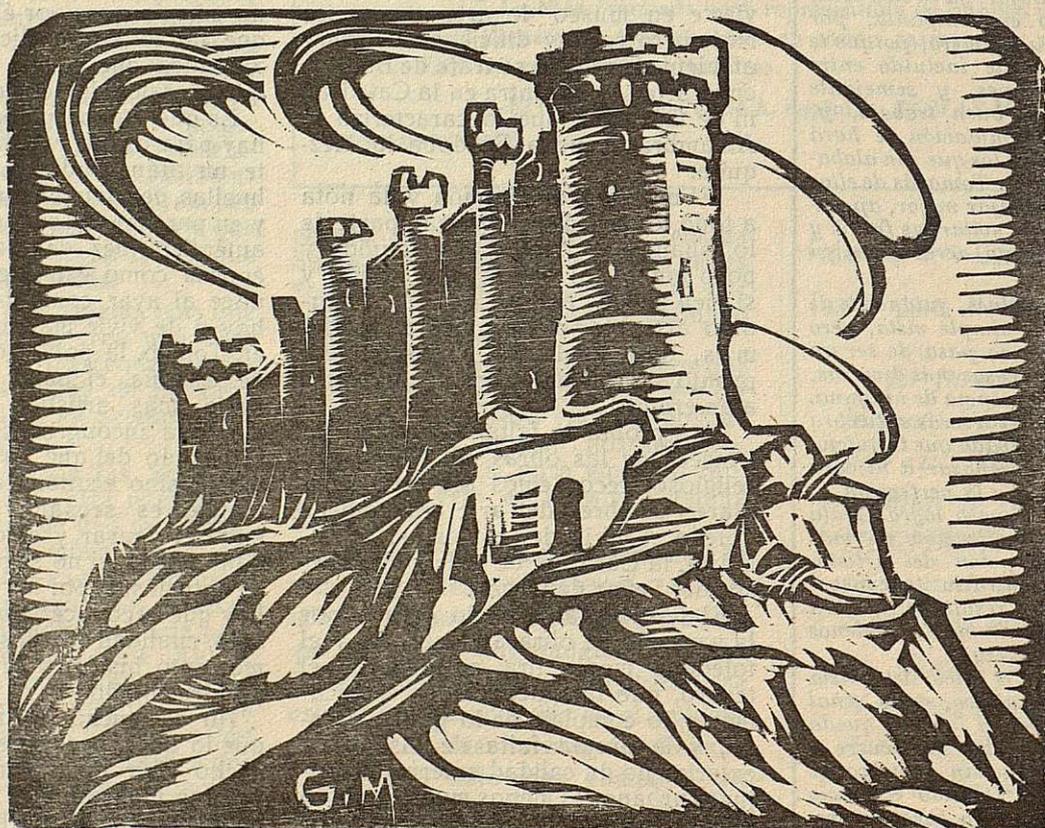
No comprendió la vida sin el diálogo, tal vez como refugio para su íntima soledad. No nos extraña el comienzo de cualquiera de sus cuentos: «Una vez hicieron la Mentira y la Verdad compañía»; «Camina-ba un hombre bueno y hablaba con su hijo, que era de entendimiento sutil».

Dialoga con Patronio en su Conde Lucanor, y creyendo en una eternidad de conversación perpetua, manda enterrar junto a la sepultura que elige para sí en la capilla de su convento de Peñafiel, al caballero Diego Alonso, fiel alférez suyo, que murió en sus brazos durante el cerco de Algeciras.

Su mundo interior está desengañado hasta del amor; conducta extraña en un hombre contemporáneo de Juan Ruiz y próximo al Boccaccio. Casado tres veces, vino la muerte a dejarle en la soledad de la viudez.

Sus hijas fueron reinas, pero desdeñada D.^a Constanza por Alfonso XI de Castilla, tuvo que casarse con D. Pedro de Portugal, que turbó su tranquilidad conyugal con los amores de Inés de Castro. Para que su segunda hija se sentase en el Trono de Castilla, tuvo que casarse con el bastardo D. Enrique II de Trastámara.

Preocupado por la responsabilidad de sus escritos, escribió de su propia mano para la posteridad, y cuando su alma se creyó serena de luchas, pasó a la Eternidad en el silencio de su castillo de Peñafiel.



Castillo de Peñafiel.

Xilografía de Guerrero Malagón.

CARCO Y SUS "PRIMAVERAS DE ESPAÑA"

Ya está el novelista en el Zocodover, una mañana luminosa de domingo primaveral (1), entre la fantástica animación de la irregular plaza, desbordando turistas las arcadas de los cafés, paseando los cadetes con aire engallado y juvenil, entre atónitos aldeanos de anchos sombreros. Ha dejado atrás el escritor, desde Madrid, la árida tristeza de Parla, de Torrejón, de Illescas, pequeños burgos reconocidos sobre un suelo resquebrajado.

Ya está en el Zocodover. Y, apenas puesto el pie en el suelo, un golfillo de diez años le insta, perentorio: «¡Por aquí!» Cruce de callejas zigzagueantes, desde cuyos balcones las muchachas miran y sonríen. «Pero, ¿adonde me llevas, adonde vamos tan deprisa?» Y el chico: «A Santo Tomé, y, después, a la Casa del Greco. Eres francés: franceses siempre Greco, americanos siempre Catedral».

Mas, antes de seguir, he aquí, en extracto, la ficha biográfica de Francis Carco, contenida en la famosa antología del Sagitario (2), evangelio lírico del «esprit moderne»: Novelista, crítico de arte, poeta, fueron de versos sus primeros libros. Nació en Nueva Caledonia en 1886. Es conocido especialmente por sus novelas, de las cuales, una de las primeras, «Jesús-la-Caille», es quizá la más feliz escrita sobre muy espinoso asunto, y otra, «L'Homme traqué», galardonada con el Gran Premio de la Novela por la Academia Francesa. En casi todos sus libros aparece en escena, en dichosa mezcla de lucidez, de realismo, de simpatía y de poética piedad, con psicología hábilmente matizada, el mundo de los «emancipados», de los irregulares, que no pueden adaptarse al trabajo normal y a la ley social.

Reanudemos el recorrido. En Santo Tomé ahora. La célebre pintura se ve mal. No dispone de buena perspectiva. Las figuras del admirable Entierro contrastan demasiado —a su juicio— con la parte alta del cuadro. Y si se sale fuera de las rejas, éstas truncan la composición. Un recuerdo a Barrés aquí, pues, como nadie, fué el intérprete de la solemne at-

mósfera de este «bel office» de los muertos, de estos personajes severos, duros de cuerpo y de espíritu, capaces de alguna extraña fantasía, rara y triste. ¡Han sido precisos dos hombres no españoles —el Greco y Barrés— para dar a Toledo su acento!

El Tránsito. Espectáculo sorprendente: rocas, piedras enormes, bloques caídos hacia el abismo donde, en el fondo, el agua gris y espumante del río se aplasta sin ecos. Parece como si en este instante el suelo acabara de abrirse a vuestros pies, y, aterrados por el desgarramiento, no hubiérais todavía tomado entera posesión de los sentidos.

Próxima, la Casa del Greco es demasiado alegre, demasiado clara; digámoslo, demasiado artista, pero su encanto es indiscutible, no desprovisto de estilo ni gusto. La pena es que no se siente casi el recuerdo del pintor entre sus muros. Mas, tal como es, a pesar de sus errores, la Casa del Greco predispone a la reflexión. El Museo —en una austeridad disfrazada bajo las flores—, está al lado y os sumerge en un ambiente preciso, porque allí se contemplan la famosa «Vista de Toledo» y varios otros retratos de santos, de factura difícil: los del Cristo y una serie de apóstoles de una buscada disonancia, cuyos ácidos acordes hacen rechinar los dientes.

Al mediodía, el escritor se pierde por un dédalo de frías callejas, con muros encalados y patios sonoros. Aquí y allá, un convento cerrado, una antigua capilla sin culto, una imagen de la Virgen en su nicho con su lucecita, un Cristo, un viejo palacio cuya piedra se deshace, un balcón cincelado y en él mujeres asomadas... Sin prisa, feliz de encontrar en Toledo al fin la calma inencontrable, mirando todo en torno, impregnándose de silencio y de paz. Gracias a Dios, no existe ahora nada extraño por estas calles: libre de tiempo, prendido por el gozo, el deleite es perfecto.

Posada de la Sangre. Debajo de un busto de Cervantes, esta inscripción: «Fué en la Posada del Sevillano donde, según la tradición y la crítica, escribió «La ilustre fregona» el más grande de los

ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, a cuya buena memoria la gratitud de los toledanos consagra un recuerdo, el 25 de Abril de 1872, CCLVI aniversario de su muerte». ¡Soberbia inscripción, de gran sabor castellano! Estilo de circunstancias, noble, ampuloso, y, desde luego, superior a la apariencia del lugar. Dentro del patio, la clientela de arrieros, puede decirse, permanece invariable. Una galería de madera, limpia y brillante, sobre la que se abren estrechas celdas rectangulares, de muros combados y encalados, con bancos, forma una decoración original y que sería grata de vivir si no fuera por el sofocante olor de transpiración que anuda la garganta.

Descúbrese Toledo sobre su trágico peñasco, cuyos flancos se desploman en el agua del río. El sol los golpea con dureza, arrancando netos destellos de acero. Toda esta masa rota, contraída, atormentada, aparece dominada por el Alcázar. Y, en el centro, la Catedral, con su peso macizo, imprime a la cima una presión de hundimiento.

Majestuosa bóveda gótica, la Catedral. Grupos de extranjeros desfilan por sus naves, empujados por los bedeles. Se habla fuerte dentro, sin que se merme en nada su grandeza ni su dramática piedad. A excepción del coro, de la capilla mayor y del crucero, el resto se considera como deambulatorio. Los chicuelos saltan allí a la pata coja, las viejas se cuentan sus historias, las muchachas sus amores... Pero hay de pronto, a continuación, un remover de sillas, un silencio repleto de cuchicheos. Voz sagrada en el púlpito. Sermón vibrante, enérgico. El gran navío que es la Catedral, se satura de tremendos períodos como de un estallar de truenos.

Nos perdemos por la inmensa basílica, cuyas capillas con verjas gigantes y candelabros y estatuas y tesoros, nos abruman. En la sacristía, cuadros del Greco, de Goya, adornan las ricas maderas de los muros, y una incomparable colección de casullas, de bordados, de encajes, de estandartes, muestran tras las vitrinas del vestuario tanta pedrería, tantos esmaltes y tantas finas perlas como pudiera soñarse.

F. ALLUÉ Y MORER

(1) Francis Carco: «Printemps d'Espagne». — Albin Michel, éditeur. — Paris, 22 rue Huyghens.

(2) «Anthologie de la nouvelle poésie française». — Aux éditions du Sagittaire. — Chez Simon Kra. — Paris, 6 rue Blanche.

UN CUENTO PARA NIÑOS

(Como regalo de Reyes)

¿Qué podré yo comprar a mi niño chiquito?

La madre, desolada, subía, con su cesto de ropa a la cabeza, el camino del río por entre los juncos, y el sol se recostaba indolente jugando con las nubes pintadas de colores imposibles.

La madre, recordando que cuando a la mañana se fuera al mercado no pudo comprar ni una ajorca dorada como el oro, ni unas pantuflas verdes que harían esmeraldas de los pies del pequeño, ni un turbaute granate para que se adornase en los días de fiesta de la aldea, subía, llorosa, el camino del río entre los juncos, mientras murmuraba: ¿Qué podré yo comprar a mi niño chiquito?

Estaba el poeta sentado a la margen del camino, el arpa en sus rodillas, soñando misteriosas lejanías, perdida la mirada en los luceros, y aguardaba al Amor, a la Mujer o al Mundo, para cantar con versos melódicos el alma de las cosas; pues ¿quién la cantaría si el poeta no estuviera a la margen del camino, el arpa en sus rodillas, prendida su mirada en los luceros?

Conociendo la angustia de la madre, pulsó su lira y dijo así el poeta:

«Selim volvió a su casa con el alba. Su madre reprendióle con ternura: ¿Dónde estuviste, hijo mío? Te busqué por los caminos de la noche en el cañaveral de la laguna; te busqué en las casas de los vecinos y en las calles del pueblo; te busqué entre los juncos del río y metí mis manos en sus aguas por si llevaban el secreto; te busqué por el bosque, sueltos mis cabellos y seca mi garganta; y cuando mis ojos ya no podían llorar, me he sentado junto a tu lecho y te he buscado en mi alma y tampoco estabas. ¿Dónde, dónde estuviste, hijo mío, mientras tu madre pensaba que te había perdido para siempre?

Y Selim contestó: Madre, estaba yo jugando junto al templo de picudos remates simétricos con otros muchachos, cuando tres caminantes han pasado. Sus criados decían que eran los Magos y que visitarían a los niños del mundo satisfaciendo sus deseos y ocupando sus sueños de esta noche. Los chicos se rieron, pero yo no, madre, porque recordaba que tú me habías contado la historia y que más de una vez pensé que me dejarían un palacio todo de oro, mejor que el del Sultán, y hermosas joyas para tí, madre; que jamás volverías a andar por el camino del río entre los juncos, porque yo sería poderoso como un gran Maharajá.

Y los seguí, madre. He corrido con ellos hermosos países que antes no había visto; he contemplado niños pálidos, como de leche; niños negros como Yuba, el criado del derviche, que no tiene nariz; niños rojos como el cobre de los calderos de tu cocina y niños amarillos con ojos muy rasgados, como dos puñaladas en un membrillo. He visto casas altas, altas, que tocaban el cielo, y chozas como la nuestra, solo que en otros valles; he visto, madre, ciudades más grandes que Basora, aquella a que me llevaste cuando un Príncipe se llevó para siempre a Yenira, la hija de nuestro Rey; he visto esta noche más cosas de las que pudo jamás contarme el maestro que me enseñó a leer... ¡Tantas cosas!...

Casi despuntaba la mañana, madre, cuando uno de aquellos Reyes se dió cuenta de que estaba con él; miró con sorpresa mis ojillos maravillados y buscó en las in-

JUNTO AL DUERO

Yo también he cantado villancicos junto al portal de Belén, yo también me hice niño, y es lástima tener que dejar de serlo cuando los hielos aprietan y cortan las carnes como si fueran de cristal.

Desde hace algún tiempo, cuando estas fechas llegan, se mezcla en mi ser el dulzor y la amargura, como si fuera una cotelera donde se funde junto al frío del hielo el fuego del alcohol.

Y es, sin poder evitarlo, desde aquel día que la nieve cubrió todo tu cuerpo y yo me marché sin tí.

He venido después de varios años a tu casa paterna donde fuimos felices un día, y mis ojos, sedientos de tí, parecen que han de volver a verte; desde el cuarto de baño vidriado de blanca he mirado la viña sin hojas y los albérechigos cuajados con la flor de la escarcha. Todo me huele a tí: el aire, el suelo, las paredes, tu padre, tus hermanos, nuestro hijito, que duerme conmigo en la noche, y le siento reír en el día, y ha rezado conmigo por tí.

Yo sé que he de volver a verte.

He salido en la mañana con la primera luz, y parece como si las vidrieras del cielo se hubieran caído y hechas añicos están por el suelo

Venían los borriquillos aldeanos fumando y traían las orejas con escarcha, mientras la madrugada les ponía collares de cristal y les colgaba de sus pelos pinganillos de hielo.

Muy cerca, sin verle, sentí el Duero, gran fumador de nieblas, bebedor de buen vino, cantador de voz recia y templada, que da luz a mis ojos en la noche.

He venido a tu casa paterna y todo me huele a tí. Aún parece que he de volver a verte, y mis ojos se estrellan en los elbérechigos cuajados con la flor del invierno.

Salí a oír la Misa en la mañana; las vidrieras del cielo se han caído, y hechas añicos están por el suelo.

Venían los borriquillos aldeanos fumando y traían las orejas escarchadas, mientras la madrugada les ponía collares de cristal y los colgaba de sus pelos largos pinganillos de hielo.

Y he de volver a verte, y la dulce esperanza de mis ojos me vuelve como un niño y me hince de rodillas en el suelo, mientras miro el Portal de Belén y canto villancicos, que son los mismos que contigo cantaba.

Donde la viña no perderá las hojas, ni la flor de la escarcha dará el frío a los ojos.

Yo sé que he de volver a verte.

JESÚS PEÑALVER.

mensas alforjas de su camello y de los camellos de sus criados, y en las de los camellos de los otros Reyes y de los criados de los otros Reyes. Y no encontrando nada, volvióse a mí, y acariciando sus barbas blancas, tan largas como las de un sacerdote del templo en la montaña, me dijo: Selim, nada me queda para darte. Pero cuando tus compañeros se reían, tú nos has seguido; tienes Fe y te voy a hacer un regalo que jamás le hice a niño alguno: tu mente será clara para conocer el Bien, tu corazón ardiente para sentirlo y tus manos firmes para hacerlo; ve con Dios, hijo mío...

Y ¿no ves, madre, cómo mi frente, mi pecho y mis manos están llenas de luceros?...»

Y la madre, abrazando a Selim, exclamó: ¡Alabado el Señor! ¡Hijo mío, hijo mío, qué misterios adivinan tus ojos soñadores!

Y el poeta se quedó a la margen del camino, su lira en las rodillas, la mirada vagando en las estrellas...

JOSÉ SÁNCHEZ

VERSOS DE AYER

ESTAMPA DE BELÉN

De los cielos venía
un suave resplandor de luna llena.
Belén, abarrotada, parecía
tener la actividad de una colmena.

De pronto, fué el silencio en la llanura.
Las estrellas, despiertas, vigilaban,
y en lo alto de los montes la blancura
mística de la nieve espejeaba.

Prodigioso el paisaje, quieto era
más vivo y anhelante, tan fecundo,
que, admirados, los hombres bien pudieran
sentir el leve palpar del mundo...

Así, del monte al llano se extendían
dulces murmullos de misterio hechos
que a la pálida luz se diluían
sobre la candidez de los helechos.

De Jericó, las rosas su fragancia
daban unánimes a Palestina;
y unánimes, también, sin arrogancia,
su perfume las flores campesinas.

Esta extraña inquietud de refulgencias
de encendidos aromas y rumores,
fué un trasunto de exactas coincidencias
en el alma pueril de unos pastores.

Maravillados y sobrecogidos,
los ojos dilatados, muy abiertos,
sin saberse dormidos,
ni sentirse-despiertos,

oían la armoniosa sinfonía
de Nazaret a Esdrelón, de aquí al Carmelo,
del Tabor a Samaria... Mediodía
era la medianoche de aquel cielo

que iluminaba toda la Judea:
Silo, Betel, Beroth, Jerusalén...
aquellas eucarísticas aldeas
que eran como el cortejo de Belén...

Los astros observaban temblorosos
cual ciclopes atentos;
querubines etéreos y gozosos
cruzaban, como plumas, en el viento;

seráfica, la voz de una figura
magnífica, bellísima y fugaz,
cantaba: «¡Gloria a Dios en las alturas
y al hombre bueno de la tierra, paz!»...

Los pastores tremantes, conmovidos,
enajenada el alma, en un edén,
de insuperable dicha poseídos
corrían sin cesar hacia Belén:

de Efrata, hacia la gruta, donde un viejo
Sol tripartita centellea y guía...
Cumpliéndose el profético consejo
la Luz del mundo hallaron: ¡El Mesías!...

.....
...y cuéntase entre el pueblo de Israel
que floreció un sicómoro aquel día
del callado sepulcro de Raquel...

ALEJANDRO LUIS.

ARREPENTIMIENTO

Diabólicamente retorcidos. Engarfiados. Con caracteres de tragedia. Rebotan los dedos en loco frenesí sobre el teclado. Con bárbaros golpetazos. Gime el viejo piano amenazando ruina. Vuelan notas y arpeggios; disonancias y acordes en salvaje y fantástica barcarola. Subiendo por las cortinas. Chocando en el techo con saña. Repiqueteando en las emplomadas vidrieras. Dejando dolientes y truncadas las flores de un cercano velador. Oscilan los libros de la estantería en indeciso equilibrio. Y como fondo, siguiendo



el compás, bailan las llamas en la chimenea con brillos ardientes, amenazadores.

Violenta, salta la cabeza, con los pelos alborotados. Rojiza la mirada en una luz de acero y sangre. Dura la boca por la que se filtra una espuma blanca. De mármol los pómulos. La nariz atrevida. Ganchuda y reluciente.

Encorvado en agrio gesto. Quebrada la espalda en cuatro pedazos. Descuajeringados los hombros dentro del raído frac. Cuelgan las piernas en gesto cansado. Largas. Endebles. En cambio sorprendente al morir en los pies, enérgicos sobre los pedales. Pisoteados con saña furiosa.

...Y fuera cae la lluvia en los canalillos y tejados. Con alegre tintinear sobre hierros y cristales. Fuerte y azotadora. En la madera de la ventana, impotente.

Ruge el viento. Las puertas tiemblan. Se bambolean las cortinas en rítmicas maniobras. Una ventana se cierra con estrépito de vidrios rotos.

De pronto, terrible, amenazador, deslumbrante, un puñal de luz vivísima rasga el espacio. Y un estruendo infernal cae rodando por casas y caminos, por calles y plazas. Desde las cercanas montañas atropellando rocas y destrozando arbustos... ¡¡¡La avalancha!!!...

La casa tiembla endeble. Deja el músico su infernal tarea ante la magnitud del drama.

—...¡Perdón!.. ¡Dios mío!..

De rodillas sobre la humedad. Abrasado por la cercana lumbre. Helado por el viento y la lluvia.

...El balcón se ha abierto violentamente...

Queda la figura en mágico esplendor. Rojo y oro de rayos y fuego.

En las estanterías; en los rincones empolvados y oscuros; dentro de la quejumbrosa caja del silencioso piano. En cada pliegue de los cortinones. Allí, en el último resquicio, penetra una fresca corriente de aire, purificando y oxigenando. Vuelan las partituras de la música infernal. Aves nocturnas que en la negrura se pierden. Bamboleadas por el ventarrón. Vencidas, rotas, entre la lluvia refrescante y alentadora. Un eco se aleja por el abierto balcón. Pasa la tormenta...

Queda un silencio pacífico y sereno. Asoma la luna limpia, rutilante, en el azul estrellado. Chisporrotea el hogar. Lengüecillas de fuego lamen alegremente el negro hollín.

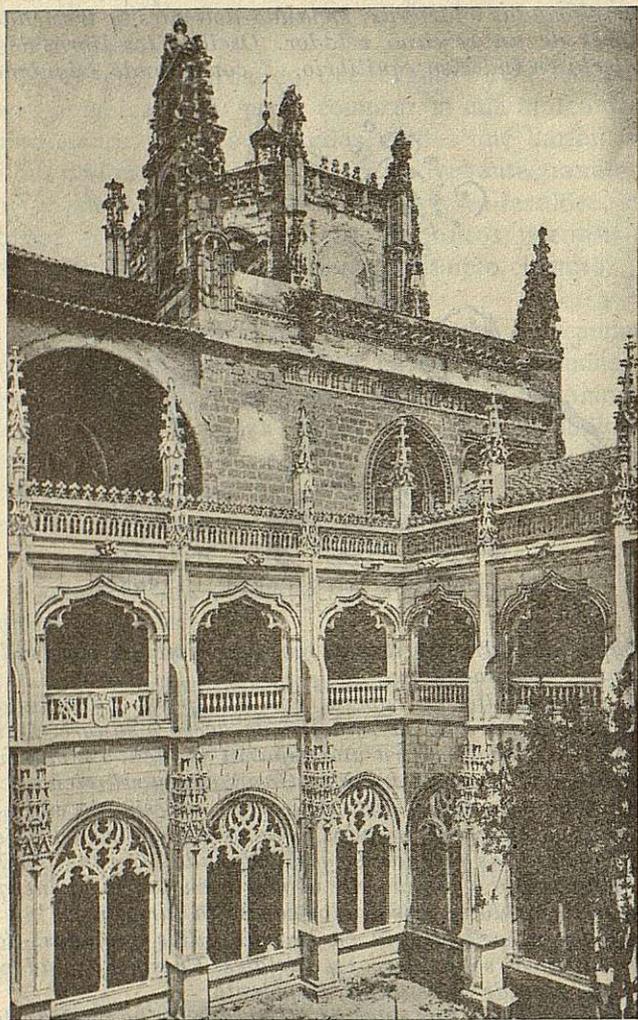
...Y un alma de artista, generosa, vehemente, encuentra su verdadero camino de Paz y Bien...

JOSÉ L. P. DE AYALA Y L. DE AYALA

MANCHAS DE COLOR

II

SAN JUAN DE LOS REYES



¿Recuerdas, lector? Aquí nos quedamos, con mi amigo el ilustre poeta, ante el Real Monasterio de San Juan de los Reyes, tantos lustros sumido en la indiferencia de los hombres, pecado más grave que la cruel y devastadora caricia del tiempo.

Cerca, muy cerca, el padre Tajo, feliz por haber besado a la bella hija de Don Julián, a la legendaria Florinda, canta alegre y añorante su eterna rapsodia, que hace contrapunto con las campanas, lenguas de bronce en el ensueño mudo del recoleto y soñador jardín, bañado por la fría palidez de la luna.

Por un momento, ante el conjuro de una mágica evocación, surgen las escuálidas figuras de los monjes, que atraviesan fantasmales las góticas galerías del claustro, con las manos cruzadas sobre el místico pecho, deslizándose hacia el coro, donde el órgano entona la suave melodía de un cántico litúrgico, suspiro de almas que, lanzado al infinito, llega hasta el Supremo Hacedor en busca de la única Verdad.

Hubo un tiempo de glorioso esplendor para San Juan de los Reyes, cuando Isabel y Fernando, sus regios fundadores, pensaron fuera lugar de eterno reposo real, dotándole con generosidad, y celebrando Cortes en la amplia nave de su augusto templo.

Y también pasó por épocas de amargura, sobre todo en 1808, en que las tropas francesas hollaron su sagrado recinto, al convertir el edificio en cuartel, mutilando estatuas, destruyendo altares de góticos retablos, talladas sillerías, lienzos admirables, policromadas vidrieras, y como apoteosis infernal en su retirada, haciéndole arder por los cuatro costados.

Ha sido testigo de innumerables acontecimientos.

Ante sus muros, medrosa y disfrazada de aldeana, pasó Doña María de Pacheco, viuda de Don Juan de Padilla, huyendo de las tropas de Carlos I, camino de Portugal. Presenció, sin poderla evitar, la muerte del inspirado poeta toledano Medinilla. Sobre sus doradas piedras, se perdió el eco de las espuelas de plata del fanfarrón y tornadizo capitán Don Diego Martínez, cuando se dirigía perjuramente ante el Cristo de la Vega. Indiferente, y como cosa efímera, vió surcar el Tajo las naves españolas con rumbo a Lisboa. Junto a sus cimientos cobijó, acogedora y paternalmente, a la penitente Beata Mariana.

Y en las tardes apacibles, cuando el sol va declinando, en esa hora maga de encanto supremo, que es el *Angelus*, las campanas entonan sus salmos provincianos y el viejo Monasterio se engalana de cobalto, oro viejo y carmín, viviendo el poema glorioso de sus pasadas grandezas, recordando a todas las generaciones que su existencia fué concebida por una reina, que con sus finos y pálidos dedos cortó las férreas cadenas que soportaban cristianos, las cuales penden de sus muros, también cargados de centurias, pregonando una vez más ser fiel relicario de la Historia.

PABLO GAMARRA

La Exposición de artistas centroeuropeos

El año ha empezado con buenos auspicios artísticos. Los días navideños se han visto amenizados con esa manifestación de un grupo de pintores extranjeros, en conjunto con algunos compatriotas, que aunque no vienen a enseñarnos nada nuevo, ha de ser éste motivo de superación por nuestra parte. Nuestra Exposición de primavera debe abandonar ya ese tono tranquilo de aficionados con miras solamente a lo local. Se impone la selección, si queremos que nuestros cuadros viajen algún día como los de esos artistas con apellidos de enrevesada ortografía.

José María Sert y su Proyecto de Monumento al Alcázar

Por P. QUINTANILLA OTERO

Toledo, forzosamente había de influir en la obra de Sert.

La grandiosidad de nuestros monumentos y los enormes desniveles de su atrevida perspectiva nuclear, había de dejar su huella en el sutil temperamento de este artista ciclópeo, de un gigantismo miguelangesco.

Sert es el artista de las amplias concepciones que dan vida a los enormes muros de catedrales, abadías, palacios y rascacielos, abarcando en su idealismo la Religión y la Historia, la industria y las costumbres, cuyos capítulos son representados por esas figuras tremendas, criaturas agrupadas en ritmos masivos de una fuerza expresiva e ideal, en consonancia con su tamaño.

En sus concepciones religiosas, son los ángeles divinos en lucha constante con su materia, agrupados en torbellinos ascensionales, ritmo quebrado por su pesantez que los encadena, o las sombrías procesiones en perspectiva interminada con las altas cruces en inverosímil equilibrio aéreo.

Los capítulos de la Historia Sagrada, toman nueva fuerza en el arte de Sert; el abismo sin fondo del entierro de Jesucristo o la alegría sorprendente de la Resurrección, son plasmados en fuertes claroscuros de carácter alucinante, y los hombres en guerra con su misma corporeidad, parecen crepitar en el ardimiento de sus ademanes vencidos, doblegados por el peso de la muerte del Redentor.

En lo histórico, esa epopeya del mar, que llena la Abadía de San Telmo, de grupos informes de criaturas frenéticamente agitadas en escorzos contorsivos, patéticos, en la lucha sin tregua del hombre contra el mar, donde los fuertes brazos de los marineros se debaten en la espiral del oleaje, ofreciendo su barrera de carne ante el monstruo líquido que golpea con ímpetu brutal las débiles tablas de las embarcaciones.

Y esa visión de los vencidos, que presidió las sesiones de la antigua Sociedad de las Naciones, aplastados y maltruchos bajo la losa granítica de la derrota, peor aún que la misma muerte. Sus cabezas colgantes y sus brazos extendidos, sin un último estertor de rebeldía, hacen ver de forma bien patente la suerte de los débiles en las modernas guerras.

El progreso industrial, representado en el vestíbulo del «Rockefeller Center», de Nueva York, nos muestra el esfuerzo humano encadenado a la máquina, en mezcla de cabezas bestiales, arrastrando en esfuerzo titánico las ruedas dentadas del progreso mecánico, que nos salva y nos esclaviza a un tiempo.

Para las escenas costumbristas, elige Sert al hombre en el paroxismo de su fuerza o de su cruel emoción. El tema taurino, lo trata en masas orgiásticas y amenazadoras, borrachas de vino y de sangre, con fieras manolas que gritan de miedo y crueldad ante el macho arrogante que expone su vida con elegancia, y chulos metidos en acaloradas disputas volando botellas y sillas por los aires y alguna navaja lanzando su brillo mortal, o las crueles disputas ante una pelea de gallos —donde al fondo del primer grupo de hombres gesticulantes, compenetrados de furia animal, se columbra, no sabemos por qué similitud estética o expresiva, una perspectiva tormentosa de nuestra ciudad—, o bien mostrando el equilibrio sereno de las torres humanas de los «chiquets de valls».

Y todos esos seres, unidos en gestos repetidos, dan la fuerte sensación del ritmo unificado en un idéntico resuello o en una misma ansiedad, aumentada por las aristas de sus angulosos perfiles, y la factura despreciativa del detalle, buscando siempre la sensación de masa agitada o angustiada, que se acentúa por lo atrevido de las perspectivas, siempre en planos escalonados y monumentales.

Ese dramatismo temático que hace recordar forzosamente a Goya en sus pinturas de la «Venta del Sordo», y

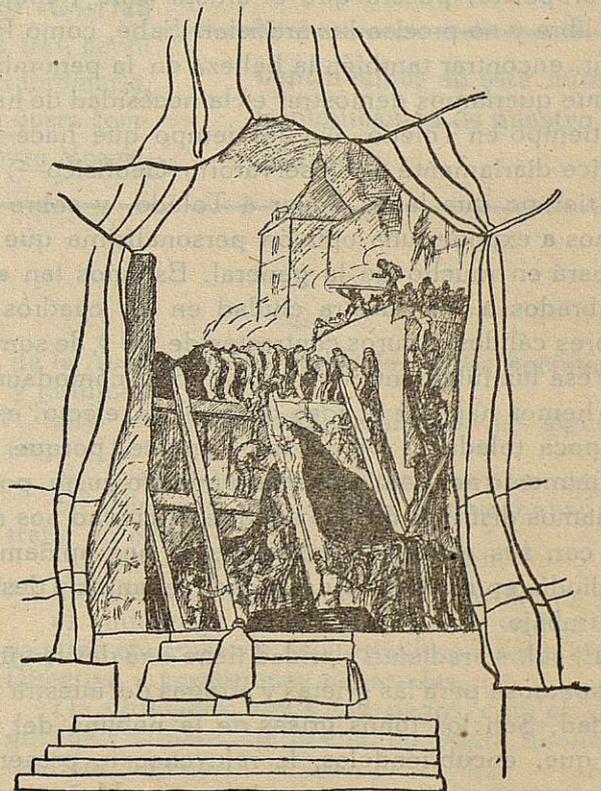
al Greco en la espiral ascendente de sus criaturas aladas, todo con la grandiosidad de un pintor del Renacimiento, era realizado en una gama sencilla de sienas que, al transparentar sus sombras sobre el pan de oro de la imprimitión, hace fulgurar los altos muros en rojizos destellos.

Cuando ya la muerte le rondaba, acechando su vida inmortal, Sert imaginó lo que hubiera sido el Templo de la Raza, sintetizado en la Gesta del Alcázar; y no solamente imaginó, sino que plasmó en unos bocetos emocionantes de la gloriosa defensa:

«Habría que barrer lo inútil, consolidando lo más esencial o significativo: convertir el sótano, donde se organizó la defensa, en panteón nacional. En el patio y en la explanada, imagino un jardín geométrico: laureles... En el centro de la brecha mayor del edificio, un corazón inmenso, esculpido en oro y granito. Las partes importantes del edificio que permanecen en pie, podrían convertirse en archivo de la gloria y el heroísmo español, guardando en él las armas, banderas, trofeos, crónicas históricas... Habría de reconstruirse una capilla sobre los cimientos de la derrumbada. El interior de este templo, presentaría el aspecto de una gran tienda de campaña estilizada, teniendo por paños el pabellón nacional. Alrededor de los muros, esos paños, medio descorridos, encuadrando tres pinturas al fresco: Las tres virtudes teológicas.»

«He pensado en todo esto creyendo que sería mi obra cumbre, la definitiva. Veo en ella gloriosos y simbólicos personajes: héroes, mártires, el Ángel de España envainando la espada, la Virgen de Toledo, las mujeres que contribuyeron a la defensa...»

Así, con la sublimidad de un visionario, Sert imaginó el Monumento a la Gesta del Alcázar, proyecto que no llegó a realizarse porque su vida quedó cortada en plena borrachera de inspiración.



TEMAS DE ACTUALIDAD

EL INVIERNO

Parece tema obligado este del tiempo en una revista. Una revista periódica—y esto pudiera ser para algunos una repetición, porque últimamente lo hemos dicho repetidas veces—no sólo es la expresión de un modo de ver y de pensar de una colectividad más o menos numerosa y con una determinada mentalidad, sino que ese modo de sentir y de pensar tiene ciertas limitaciones de lugar, de tiempo, desde un punto de vista, lo que es también una limitación espacial y geográfica. El periódico es el pensamiento sugerido de lo mediato, del acontecimiento que nos rodea y percibimos. Cuando las ideas se desarrollan sobre un tema en abstracto, en tiempo y en espacio sin límites, parecen más propias de ser expuestas en el libro, aunque el periódico también las recoge con cierto engomamiento de cátedra en aras de su función divulgadora.

Un artículo, por ejemplo, sobre el invierno que se publicara hoy en la Argentina, cuando la gente se refresca ahora en playas y terrazas, estaría fuera de lugar. Si nos lanzamos a exponer nuestras ideas o conocimientos sobre la energía eléctrica en cualquiera de sus expresiones de luz o de calor, y si tales ideas merecen la pena, podrán ser objeto de un libro, pero si, concretamente, abordamos el problema de la sequía, las restricciones y sus molestias para el comercio toledano, tales ideas únicamente podrían expresarse en un periódico, y en periódico de Toledo precisamente. En éste, por el contrario, no se deberá hablar del escaso caudal del río Guadalhorce, ni tales divagaciones podrán escribirse dentro de cinco años, en que probablemente estará resuelto el problema...

Esto nos ha llevado demasiado lejos fuera de nuestro propósito, puesto que el artista sabe trabajar al aire libre y no precisa luz artificial. Sabe, como Rembrandt, encontrar también la belleza en la penumbra... Lo que queríamos demostrar es la necesidad de hablar del tiempo en Toledo. No del tiempo que hace—eso lo dice diariamente el Observatorio Geofísico—, sino del tiempo que le va mejor a Toledo, y sobre esto vamos a exponer una opinión personalísima que discrepará en mucho de la general. Estamos tan acostumbrados a ver nuestra ciudad en los cuadros con colores cálidos y duros contrastes de sol y de sombra, con esa luz fulgurante del verano, que cómodamente nos hemos hecho a la idea de que, en efecto, esa es la época toledana. Digo cómodamente, porque individualmente nos sentimos más a nuestro gusto, porque ansiamos disfrutar de ese sol que la ciudad nos regatea con sus estrechos callejones, y nos apiñamos a mediodía en esa solana de Zocodover antes y después del trabajo.

El sol, su radiante claridad tiene una desvergüenza irrespetuosa para las grietas y arrugas de nuestra vieja ciudad. Son los tonos grises de la neblina del Tajo los que, encubriéndolas, la rejuvenecen, presentándola como en sus buenos tiempos. «Mañanitas de niebla...», asegura el dicho popular que dicen las to-

LAS ZAMBOMBAS



Ya están aquí mis zambombas; las de siempre, las que oigo en las horas de silencio bombonear mis oídos. Las que zumban por el son de la turba que las maltrata. Gente de todas edades, que llevan zapatos grandes, ropas destartadas, babeando el hollín de sus caras entre gritos como cristales rotos. Suben y bajan por las cuestas de la ciudad hasta llegar a la calle Ancha. ¡Qué sacudida más tremenda me dan esos sonos, esas sombras que se agitan sobre las negras paredes! Mis pinceles se agitan nerviosos buscando más negros, más y más.... Visión fantástica la mía. ¡Vengan lienzos! Pero no me déis colores. Me sobran todos y me falta uno. El mito: el negro; dadme negro; quiero pintar mis zambombas. Quiero hacer mi mascarada. ¿No la véis?... pues ésa. No ya la de Goya ni la de Sotana, sino la mía, que es más negra aún. Esa que habéis visto subir por el Arco de Palacio, por la calle de Hombre de Palo, cruzar por en medio de la plaza de Zocodover. Sangre mora de mi Toledo. ¡Qué impresión la de esta plebe, borracha de vino y de sombras! Gran motivo el de mis zambombas; tapaderas de ollas de cocido que, al sobarlas la paja, esas manos nudosas de viejo, cantan una queja: la del alma.

Xilografía del autor.

GUERRERO

ledanas. Si los londinenses denominaron a la niebla de su ciudad «puré de guisantes», yo propondría que llamáramos a la nuestra «sopa de cocido». Si por la mañana el frío, el sueño y las obligaciones nos malhumoran nuestro espíritu y pudiéramos, desprovistos de prejuicios, contemplar nuestra ciudad, nos encantaría verla desperezarse, verla salir lentamente de esa niebla del Tajo, ayudada por el sol que la da tintes azafranados.

No hay más que un día de sol típicamente toledano, el del Corpus, el día grande de Toledo, pero es porque nuestra Custodia pide eso, que el astro sol venga a iluminarla postrándose de hinojos ante ella, y nosotros, ingratos, hasta entoldamos las calles para que no pierdan la habitual oscuridad.

MARIANO G.^a ROJAS.

MÚSICA

ASÍ COMPOÑIA MOZART

Viena en pleno se prepara para un gran acontecimiento musical. El joven Mozart, el dios de los vieneses, va a estrenar su ópera «Cosi fan tutti», una obra con letra italiana y música del estilo reinante, precursora de Rossini, y con modalidades que hacen ver por todas partes pelucas empolvadas, charrol, grandes salones y muchas reverencias de minué; en resumen: una ópera de J. Wolfgang Amadeus Mozart.

Los ensayos se dan por concluidos y el autor cambia impresiones con unos amigos, Haydín y un tal Franz, entre ellos. El diálogo, más o menos exacto, nos lo dejó escrito Lichnowsky en una de sus cartas. Algo así:

—¿Creéis, maestro, que esta obra estará a la altura de «Las Bodas de Fígaro»?

—No sé, Franz; creo que mis obras son todas iguales y distintas a la vez, aunque en ésta pongo en práctica una importante innovación.

—Sí, algo he oído decir de que habéis cambiado el orden del dúo y el aria.

—No, no es eso; es más importante y fundamental la innovación: «Cosi fan tutti» no tiene obertura.

—¿Y cómo puede ser una ópera sin obertura?

—Ya veo que os parece mal, pero el mismo Schütz, en alguna de sus obrillas, hizo lo mismo, y ahora que

tanto se habla del estilo tradicional...

—No creo que os dejéis arrastrar por esa idea. Vos sabéis, tan bien como yo, que la obertura es parte fundamental, y si no la habéis escrito, más bien será por pereza o por temor que por perfección de estilo.

* * *

En fin, la conversación continúa con la discusión, entre Mozart y el tal Franz, sobre si es o no conveniente suprimir la obertura. Wolfgang alega que la ópera se escribe para voces humanas y que la orquesta no debe ser sino un mero acompañamiento armonizador que no tiene por qué constituirse en independiente con una obertura. Franz contesta, un poco inconscientemente, que no hay tal, y todo lo resuelve alegando miedo o pereza por parte del compositor. Mozart, queriendo acabar y convencer al otro de su poco miedo y menos pereza, saca de entre sus partituras una hoja pautada, y, con un lápiz de cera, escribe rápidamente sobre la pauta un tema de seis notas.

Son las once de la mañana; a las once y media, el tema acaba de desarrollarse y la obertura de «Cosi fan tutti» está acabada. A las tres, hacen los músicos un ensayo extraordinario, y a las cinco se estrena la ópera completa. Éxito nuevo del joven Mozart.

Hoy en día, la obertura de «Cosi fan tutti» es la única parte de la ópera que se interpreta frecuentemente y está considerada como una de las mejores de J. Wolfgang Amadeus Mozart. De Franz, no se sabe nada más.

MANUEL E. INFANTES

Homenaje a Don Julio Pascual

El domingo 26, el profesorado de la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad, familiares y admiradores, dentro de la mayor intimidad, ofrecieron una comida al benemérito D. Julio Pascual como prueba de afecto y adhesión, con ocasión de su acceso al Cabildo toledano y a la concesión del Premio Nacional de Artesanía.

Entre los asistentes, figuraban las señoras Vera y Contel, antiguos profesores de la Casa y amigos de siempre.

Ofreció la comida el Sr. Vera, recordando que era discípulo de su padre y que siempre le habían ligado lazos de pura fraternidad; el Sr. Téllez, como antiguo alumno, hizo resaltar la modestia de quien, siendo profundamente artista, no había querido pasar de artesano, trabajando siempre en el hierro; el Sr. Contel tuvo un recuerdo para los compañeros desaparecidos en el año, Sres. Román y Alvarez Casado.

El festejado, al final, agradeció íntimamente el afecto que representaba la reunión.

Continuamos en este número la publicación de nuestro Reglamento.

— 12 —

c) Los recibos de recaudación, y los entregará al Secretario Primero, para que éste, a su vez, lo haga al recaudador mediante recibo.

d) Auxiliará al Secretario Primero en caso de enfermedad u otros imprevistos.

Del Tesorero Contador

Art. 20. Son obligación del Tesorero Contador:

a) Tener en su poder la cantidad de *quinientas pesetas*, mas la recaudación del mes corriente, ínterin ésta no esté sentada en los libros de Caja, y el resto existente depositarlo en la Sucursal del Banco de España de esta ciudad, conservando los resguardos correspondientes a las entregas, y es responsable de cuánto

— 9 —

de la Asociación en todos los actos societarios y jurídicos.

Art. 10. Sus atribuciones son las siguientes:

a) Presidir las Juntas Directivas y Generales.
b) Disponer los asuntos que se hayan de tratar en ellas.

c) Dirigir todas las discusiones.

d) Decidir con su voto los empates.

e) Intervenir directamente en todos los asuntos encomendados a los componentes de la Directiva y Comisiones especiales.

f) Ordenará todos los pagos con el «páguese» y firmará, sin lo cual no podrá abonarse cantidad alguna.

LOS CANDILES

NACIMIENTO Y PROPÓSITO

Para conocimiento de nuestra Sociedad, creemos necesario lanzar a los cuatro vientos nuestro propósito.

Un grupo de jóvenes artistas, en la opinión de que el aislamiento enfría la corriente creadora, nos reunimos en tertulia todos los sábados. Hora, las 20, lugar, taller de Guerrero, que deriva, bien en alguna típica hostería o bodegón, bien en las famosas y confortables cuevas de Quismondo. Con ello no queremos resucitar ni replicar la tertulia de Pombo en Madrid, ni la celeberrima del sótano de Volland, mercader parisiense de cuadros; ansiamos para Toledo algo nuevo, pero típicamente nuestro.

En estas reuniones se habla de arte, se recita, se interpreta y se lanzan iniciativas que poco a poco van cristalizando en magníficas realidades, y sobre todo, vamos rompiendo la espesa costra abúlica de este Toledo de nuestra Gloria y nuestra Desgracia.

En los corfos días de nuestra existencia y aun con el paso vacilante, van a realizarse o se han realizado ya, los siguientes proyectos:

Celebrar periódicamente veladas artístico-literario-gastronómicas. (Hablen si no las suculentas migas un poco «morenas» o las sabrosas judías de Totanés, aderezadas con testa porcina, todo bien rociado con lo de Yepes).

Convocar un concurso de refranes, seleccionados los cuales, serán plasmados en losas cerámicas por el «candil», Quismondo.

Convertir las nunca bien alabadas cuevas del mentado artífice, en exposición permanente, donde a la luz de bien alimentados candiles de hierro forjado, se exhibirán las obras de la juventud creadora «candilera», a la vista expectante del turista, viajero o trotamundos que por nuestra Ciudad pasare.

Confeccionar un pergamino o álbum de firmas, donde toda persona de rango, o bien de miserable condición, mas de alto espíritu, las suyas estampare y rubricare para constancia de su presencia y paso por la «candilera» exposición.

Recaudar semanalmente un ducado o peseta por candil, para una vez sumada la cantidad suficiente, acudir en ayuda de los menesterosos, o caso de no haber, ayudarnos a nosotros mismos.

Item más, algunos proyectos que en estudio están de los sesudos candiles, siempre en busca de mayor rango y celebridad de la inmortal Toledo, loable propósito para el que contamos con la sin par fuerza de nuestra juventud.

Crónica primera



En Toledo, a los dieciocho días del finado mes de diciembre, reunióse en las famosas cuevas de Quismondo la hueste candilera desta forma: Un ilustre-home don Guillermo de Téllez, caballero de la Cartera llamado, el cual acompañado fué por si algún mal tropezón diese con él en el suelo, ya que todo muy oscuro estaba, por aquesto de la restricción, acompañado fué, digo, por el caballero escultidor, y caballero candil, Béjar, los cuales a las cuevas llegaron sin novedad, donde ya esperaban el dueño y Gobernador de la fortaleza, caballero Quismondo, Señor de la Cerámica, con los caballeros candiles Repiso, Cantos, hermanos Guerrero, Rojas, Mariano y el que aquesto escribe.

Colocadas que fueron las viandas, que de fermosas y bien guisadas judías con oreja de puerco componíanse, y las jarras del Puente bien llenadas del de Yepes, y lamentada que fué la ausencia del gentil-home Corral, Señor de las tierras de Totanés que destas judías producen, dióse comienzo a la batalla, que de tal nombre calificase toda guerra contra infieles y esta vez menos no habia de llamarse, por ser judías las enemigas que enfrente habíamos, y del que tal nombre contento no estuviese, digamelo, que luego luego citarélo, acorralarélo y batirélo en sin igual combate, que hasta agora ningún malandrín o follón osó cruzar su espada con la deste caballero. ¡Y no digo más!

Finados que fueron los manjares, y grandemente mer-madas las del Puente, dióse comienzo a una amena, bien que instrutiva conversación, donde el ilustre-home don Guillermo, gala fizo de sus altos conocimientos de la Historia y de las Artes, deleitando con su amena charla a los allí concurrentes. Preguntado que fué de los orígenes o años que facia de la construcción desas cuevas, mentó que bien pudieran ser de romana fechura, mas que difícil era averiguallo, pues que en las tales nenguna señal habia.

Mas luego de pintura moderna fablóse, de la que un don Picaso caudillo era, y el mentado ilustre-home don Guillermo dijo a quien oílo quiso, que el tal don Picaso un grande artista era, y que obras suyas habia de grande merecimiento, mas que luego tornóse, enturbióse, y disfrazóse de los gustos desa plebe gabacha, que de gran artista risible pelele fizo.

Desta guisa la conversación discurriendo, fablóse de los fines y proyotos de la candilera hueste, los que luego de dichos, y la acostumbrada coleta a un ducado por barba finada, y todos contentos, dióse la voz de que cada mochuelo a su olivo fuérase, lo cual se cumplió y dello doy fé.

DON PERO

— 10 —

Del Vicepresidente

Art. 17. El Vicepresidente sustituirá al Presidente durante sus ausencias, enfermedades o dimisión.

Del Secretario primero

Art. 18. Es obligación del Secretario primero:

a) Llevar los libros de Actas, en los que se consignarán todos los acuerdos tomados y los más importantes de las discusiones.

b) Redactará y firmará las cartas y documentos de Secretaría.

c) Llevará un libro copiador de cartas y telegramas con su correspondiente índice-registro.

— 11 —

d) Tendrá a su cargo el Archivo y Biblioteca.

e) Redactará también la Memoria anual que la Directiva ha de presentar a la aprobación de la Junta General ordinaria que se celebre en la fecha más próxima al final de cada año.

f) Propondrá a la Junta Directiva las cantidades que estime necesarias para atender a los gastos de Secretaría.

Del Secretario Segundo

Art. 19. Es obligación del Secretario Segundo:

a) Escribir en el libro de asociados las altas y bajas.

b) Anotará en el libro de Caja el cargo y data de la Asociación.

Un artista...

JENARO

Una maravilla...

LA TIJERA DE JENARO

ARTISTAS:

Lo seréis doblemente si sentís
por dentro el arte... y por
fuera...

os viste JENARO

ZOCODOVER, 7

Precisando la Asociación de
Artistas Toledanos instalar su
domicilio social, así como un
estudio taller para sus aso-
ciados

ALQUILA

UN LOCAL QUE REÚNA
las adecuadas condiciones

*Ofertas por escrito a la
Redacción de esta REVISTA*

JOSÉ HERNÁNDEZ CASANOVA
SUCESOR DE JULIO GONZÁLEZ

ARTÍCULOS DE PINTURA ARTÍSTICA

DROGAS :-: PERFUMERÍA

CASA FUNDADA EN 1897

Cadenas, 1 y 3 y Plata, 27

TOLEDO
TELÉFONO 1220

LIBRERIA Y PAPELERIA

G. - MENOR

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.

Tempera.

Acuarela.

Pastel.

Lienzo.

Papel.

Pinceles.

Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
extrafina "ROSAL FORTUNY"

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"

REPISO

MOLDURAS Y CUADROS
CERÁMICA DE TOLEDO Y TALAVERA

COMERCIO, 35 y 37

Teléfono 1357

AVENIDA DE LA RECONQUISTA, Bloque II

Teléfono 2065

TOLEDO



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

